

LUIS ANTONIO DE VILLENA, *Hymnica*, Madrid, Del Centro Editores, 2012, 140 págs. Con un cuadernillo a modo de prólogo que contiene el texto “Oropel y vida en la joven poesía de Luis Antonio de Villena (A propósito de *Hymnica*)” de David Pujante, 20 págs.

Releer es un síntoma de madurez, de tomar consciencia de que quien años atrás abría y hojeaba un poemario manoseado en una biblioteca pública ya no existe nunca más. Los recuerdos los maquilla el olvido, nuestra conciencia borra aquello que pueda dañar la identidad. La lectura no difiere en esto de la vida, pero tiene la capacidad de contrastarlo. Una repetición del acto lector examinará tanto la obra como nuestras diferencias a la hora de emitir un juicio estético. Reeditar un libro es de por sí un acto crítico. No se trata solo de la apuesta por un manuscrito, sino que se parte de la lectura profunda y contrastada. En este sentido la reedición es una interesante baliza de la constatación de la pervivencia de una obra a lo largo del tiempo, pero también del intento de presentar un nuevo artefacto literario al cambiar el factor temporal de la recepción.

En la reedición de *Hymnica*, el tercer poemario de Luis Antonio de Villena (editado por primera vez por Jesús Munárriz en la joven Hiperión en el año 79, cuando el autor cumplía 28 años, y escrito entre junio de 1974 y abril de 1978), se ofrece una combinación de ambas posturas. Así podemos formular hipótesis sobre la tarea editorial, en esta actual reproducción fidedigna de los manuscritos gracias a la cual podemos examinar las variaciones estilísticas y simbólicas que efectúa el poeta con sus poemas. El facsímil es una puerta al origen poético, vemos no solo el impulso sino también el trabajo de corregir, de ordenar los textos. Sesenta y seis poemas presentados en distintos formatos (folios, DIN A4, hojas de cuaderno y cuartillas), pero que siempre aparecen fechados y con el lugar de redacción cuando no es Madrid la ciudad donde se escribió. Estos facsímiles aparecen ordenados, pero no numerados, dentro de una caja entelada y acompañados de un cuadernillo titulado “Oropel y vida en la joven poesía de Luis Antonio de Villena (A propósito de *Hymnica*)”, se trata de un estudio de David Pujante, poeta y catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Una edición al cuidado del Centro editores que tratan este manuscrito como si fuera uno de los objetos de su museo de escritores, de hecho sólo salen a la venta cien ejemplares firmados por el autor.

Este artefacto literario nos permite entrar en el espacio sacralizado del autor, el lugar del lector y el escritor se confunden en esta edición facsimilar de la carpeta que Villena guardaba. ¿Cuál es pues el propósito de esta edición? No pretenden poner en circulación un nuevo ejemplar que pueda ser leído por las jóvenes generaciones, sino que señalan la necesidad de volver a uno de los primeros libros del prolijo escritor (este mismo año ha sido publicada su última novela, *Majestad caída*). Este poemario junto con *Huir del Invierno*, que consiguió el premio de la Crítica en 1981, son los libros que contienen sus primeros logros en la lírica. Su voz poética queda configurada pese a su juventud, las lecturas de los clásicos y la noche le han permitido alcanzar la certitud del hombre maduro, quien sabe que el goce se apaga tras el tránsito de la belleza. Asimismo está dirigido a los fetichistas del poeta, quienes apreciarán el trazo de las palabras, con sus distintos tachones, correcciones y añadidos a tinta azul, negra o lapicero, más que los versos que tantas veces habrán leído. Por último deja la puerta abierta a una aproximación ecdótica al poemario. No nos permite establecer nuevas ediciones, como es el objeto de estudio de los expertos en ecdótica, pero sí observar el proceso compositivo del poema en su versión definitiva dentro ya de un libro. La elaboración, el impulso, la reflexión teórica, el cambio fundamental que supone una alteración en un verso. No será pues materia propia para la aplicación de la ecdótica, sino que servirá como ejemplo de hoja de ruta y mostrará cómo la última versión del poema es la que será enviada al editor.

Hymnica (1979) es una temprana cumbre dentro de la vasta y dilatada producción poética de Luis Antonio de Villena, de ahí la importancia que se puede conceder al manuscrito y la necesidad de mostrar las elecciones y los descartes que realiza. Estas tachaduras son significativas, pero mínimas, pues se trata de un manuscrito ya trabajado, con voluntad unitaria como poemario, y no del desarrollo embrionario de los versos. En ciertos descartes veremos la configuración de su universo poético, cómo pequeñas variaciones, que se pueden considerar estilísticas, tienen una proyección mayor. Se transforma el campo léxico del poema y se acentúa el discurso poético del autor. Dentro de su producción narrativa, en la que abunda la autoficción y la escritura memorialista, llama la atención *Los días de la noche: (cuerpos, teorías, deseos: Hymnica)* (2005), este celebrado volumen alumbra las imbricadas relaciones que parece haber entre el yo poético y el propio Villena, durante la redacción de los versos que

nos ocupan, así el subtítulo ya indicará la relación con *Hymnica*. Otro signo pues de la importancia del poemario reeditado, no sólo destacada por los críticos y expertos en la poesía de Luis Antonio de Villena, sino por el propio autor que decide complementarlo extensivamente con el referenciado volumen y que ahora podemos disfrutar de forma intensiva.

La reproducción facsímil del poemario manuscrito significa pues la conjunción de dos propuestas muy distantes: la versión definitiva de un compendio de poemas llenos de tachones y correcciones por un joven poeta que poco a poco agota su tercer decenio de vida al tiempo que manda su tercer poemario a imprenta; por otra parte se trata de una reedición que certifica el lugar privilegiado que ocupa *Hymnica* en el canon poético de los setenta y del último cuarto del siglo XX. El papel renovador de la lírica de esos años, mediatizados por los nueve antologados por Castellet, configura una serie de grupos de poetas que desde finales de los sesenta hasta principios de los ochenta irán manifestando los cambios que la poesía puede lograr en contraste con una sociedad anquilosada. En este nuevo paradigma poético se encuentra también el prologuista de la presente edición, David Pujante. Precisamente nos habla en su ensayo de la entusiasta influencia que Luis Antonio de Villena ejercía entre los jóvenes lectores de poesía y sobre todo en los silentes poetas de esos años, como era su caso; y comienza desde su experiencia lectora, hasta llegar al conocimiento personal con el autor, a principios de los ochenta, y a la consolidación de su amistad, que le acompañará en su debut editorial con *La propia vida* (1986). La poesía de Villena se destacó muy pronto del resto de sus compañeros generacionales, pues su papel renovador no significará disrupción estética, sino que desde una poesía pulcra, cercana a la narrativa en muchas ocasiones, se servirá de los tópicos clásicos y de sus imágenes para hacer disfrutar al lector con universos eróticos, noctámbulos y epicúreos que no conoce en su vida diaria.

No habrá ningún dios ni héroe al que cantar, sino aquellos humanos que la vista o el tacto aproximaron al poeta. Como bien apunta David Pujante, todavía no son melancólicos ni elegíacos estos cantos, su pasión por la belleza supera la finitud de la misma. Sus cantos empujan al *collige virgo rosas*. No duele la muerte sino la vejez y la decrepitud de la carne, pero su dolor es necesario para aprovechar más, si cabe, las pulsiones que le llevan a disfrutar de la belleza, a hacerla suya.

Su singularidad radicaría pues en esa querencia por la vida y el placer carnal de quien ha disfrutado tan bien de su intelecto y de la cultura. Su poesía resulta una configuración de un mundo a su medida en el que el deseo, el goce y la cultura van a formar una unidad perecedera reconocible en la existencia. La poesía serviría como recreación ling u stica de un mundo autónomo, que, a través del simbolismo de la materialidad como único asidero existencial, manifestaría el dolor del tiempo que erosiona la belleza del momento, el gozo.

Luis Antonio de Villena era de los poetas más jóvenes de la llamada generación del sesenta y ocho, aquellos que aparecieron en diferentes antologías y que manifestarían un cambio poético, una necesidad de replegar la poesía sobre sí misma para poder formar una realidad que se enfrente con la circundante. Una generación, que a na desfachatez y una gran maestría cultural de amplio y variado espectro, que les permite dejar atisbar ciertas características de la literatura postmoderna muy escasas en la poesía en lengua castellana. La juventud de Luis Antonio de Villena no le impide combinar los dos aspectos a la perfección. Estos poemas difieren mucho de la literatura que nos ofrecen los autores tardoadolescentes que desde el hastío se enfrentan a la escritura sin apenas lecturas. Villena en cambio recurriría a la poesía por ser un terreno propicio a la reflexión en que se puede entender lo vivido a la luz de lo leído. Su afán culturalista no es un artificio ling u stico generacional, sino que responde a su doble condición y a la necesidad de encontrar referentes existenciales en las voces del pasado.

Su madurez intelectual le permite aprovechar su experiencia carnal en terrenos alejados a la moral y la ley del momento para erigirse como continuador de la tradición epigramática helenística. Aquellos poemas de temática homoerótica le reconocen como deudor del libro XII de la *Antología Palatina*, y en *Hymnica* encontramos referencias a Estrat n, Calímaco... También apreciamos lecturas de autores contemporáneos como Kavaf s, quien, como señala David Pujante en el citado estudio “Oropel y vida en la joven poesía de Luis Antonio de Villena”, aparecía por primera vez en edición completa en castellano en el año 76, de la mano de uno de los novísimos de Castellet como José María Alv rez y en la misma casa de edición que *Hymnica*. La poesía de Villena no sería un alejandrino que intente oponer la poesía a la vida, sino que incluyendo ésta en el poema lo

que hace es reivindicar esa vida proscrita, entregada a la belleza y al placer físico.

La llamada resistencia frente a la poesía comprometida o social del momento, no es más que un signo histórico, el compromiso con la realidad existe, la elección de un estilo poético basado en el formalismo es ya de por sí un posicionamiento frente al mundo. El lenguaje poético sirve para crear barricadas alambicadas mostrando que la realidad poética puede hacer frente a la realidad intersubjetiva. En el caso de Luis Antonio de Villena vemos que los poemas no eluden la realidad, sino que hacen referencia a planos de la misma no experimentados en profundidad por la lírica en castellano. Son poemas votivos al amante adolescente, a la persecución nocturna del erómenos. El culturalismo está en esas referencias al amor efébo que recogen los epigramas del libro XII de la *Antología Palatina*, pero también en los cantos a la vida y al *carpe diem* de aquellos escritores de lengua árabe (Ibn Zaydün, Abu Nuwás...). Esa necesidad de vivir la noche de forma plena al estar armado de grandes poetas que no sólo no juzgan moralmente sus excursiones fuera del adocenamiento, “La escandalosa vida de L.A. de V.”, sino que le proporcionan las herramientas para estetizarla.

Villena desestabiliza el sistema platónico con la belleza como cúspide de la pirámide, en el mismo nivel que la bondad y la verdad. La belleza pertenece al deseo y no al amor, no hay idealización de la misma sino carnalización. De este modo la belleza no va a ser intangible e incorrupta, sino materia y en tanto que materia cumplirá con su necesaria finitud. Así, en “El poema es un acto del cuerpo”, gracias a esta edición en facsímil vemos como tacha “belleza” y se sustituye por “deseo”. La belleza de un cuerpo no está ligada a la contemplación beatífica sino a la acción de los cuerpos. El tema de la belleza domina todo el poemario, pero si nos centramos en su caducidad sobresale el “Relato de una vida joven”, que bien podría haber sido también el título del volumen. Es un poema en prosa en el que parte de una reflexión abstracta sobre la belleza y su poder (“la gracia que la hace triunfar incluso en la miseria”) para proseguir con el retrato de un joven que encandila por su belleza y la ofrece mercenariamente a artistas y a amantes. Una concreción corporal fuera de la norma que espoleaba los sentidos y la reflexión del poeta que lleva a una conclusión epigramática del poema: “Y yo me preguntaba: ¿Por qué no será eterna en este ser?/Porque esto habrá de acabar, y bien temprano.”

Aparte de en los autores citados, Villena buscará ejemplos de vida en el exotismo, ya sea el bizantino de su anterior poemario o el sur que indica en las palabras de introducción su siguiente libro *Huir del invierno*. El exotismo es un componente fundamental de la belleza, pero no tanto por su caracterización sino por su acceso a la misma, su mirada al pasado entronca directamente con ese exotismo donde las constricciones sociales son otras. La distancia con respecto a la Grecia helenística es similar que respecto a Persia o a Al-Ándalus, son territorios culturales con los que sintoniza el poeta y donde le gustaría haber gozado al hombre. La poesía es, pues, un armónico constructo donde instalarse y así podemos leerlo en la conclusión de su magnífico poema, dominado en la primera parte por la *ékfrasis*, “Día de sol en el rincón de un museo”: “El poema transforma la realidad para resolver/el deseo. Traslada cuerpos a imágenes pintadas. /Crea un mundo. Y la realidad es para él, /solamente, motivo continuo para una metáfora. /Pero aquí y allí, siempre, pueden cantar las ocarinas.”

JAVIER ALONSO PRIETO
Universidad de Valladolid